

Archivo Extremeño

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

Año I.

Badajoz 30 de Septiembre de 1908

Núm. 8

SUMARIO: Frey Juan Roco Campofrio, por Eugenio Escobar Prieto.—Enferma, por A. Reyes Huertas.—El lunar fatal, por Lino Duarte Insua.—A unas flores secas, por Venancio Muñoz y Blasco.—Concepto del misticismo, por Enrique Vázquez Camarasa.—Los egoistas (*fragmento de comedia*), por Fernando García Jimeno.—De literatura portuguesa (*traducciones*), por Manuel Monterrey.—Alma enferma, por Miguel Hermida.—Legajo, por «Balduque».—Pliego de Historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

D. Frey Juan Roco Campofrio.

Seguros de que ayude mucho á la historia regional el conocimiento de las proezas de sus hijos, nos proponemos contribuir á obra tan meritoria, bosquejando, con la concisión y claridad posibles, la figura simpática de un extremeño ilustre, relegado, como tantos otros, al olvido, no obstante los puestos importantes y honoríficos que ocupó.

Nos hemos valido para escribir la biografía de D. Juan Roco Campofrio, del *Teatro de las Iglesias de España*, por el Maestro Gil González Dávila; la *Crónica de la Orden de Alcántara*, por Torres Tapia, y las *Memorias de la Iglesia de Coria*, por don Andrés Santos Calderón, que manuscritas se conservan en la Academia de la Historia. Hemos extendido las investigaciones, y no sin éxito, á los Archivos Catedrales de Badajoz y Coria, y á los del Marqués de Camarena y Condesa de Mayoralgo, en Cáceres.

* * *

À guisa de prólogo, y como demostración, al mismo tiempo, de lo útiles que son en esta clase de estudios los genealógicos, nos permitimos unas breves indicaciones sobre el abuelo de nuestro biografiado, concretándolas únicamente al apellido Roco,

por no dar mucha extensión á estas notas, y prescindiendo de los otros linages con que se enlazó la casa de Roco, no menos ilustre que ella. Nos bastará seguir un curioso trabajo, de que nos ocuparemos más adelante, debido probablemente á la bien cortada pluma del Obispo Roco y publicado en Valladolid en 1602.

Hace constar el autor que D. Armengol, VII Conde de Urgel, y Mayordomo de D. Fernando II de León, recibió de dicho Rey el Señorío de la Villa de Alcántara, en 1167, al conquistar aquella plaza. Con D.^a Estefania, hermana del mencionado Conde, se casó Bernardo Roco, de la nobleza más calificada de Asturias, y uno de los caballeros que acompañaron al Rey en aquella gloriosa expedición. A esto se debe, que los Rocos tomaran por armas de su escudo los 15 escaques jaquelados de oro y negro, que ostentaba la casa de Armengol.

Un hijo de los anteriores, llamado también Bernardo, que había sido Gobernador y Capitán General de Asturias, asistió como Alferez del Rey á la segunda y definitiva reconquista de Alcántara, que tuvo lugar en 17 de Enero de 1213. A este Roco fué á quien el Rey D. Alfonso IX, por dos privilegios suyos otorgados uno en Zamora y otro en Coria, á 26 y 28 de Mayo del precitado año, en consideración á sus servicios y los de su tío el Conde Armengol, le hace merced de unas casas y dos aceñas, junto al puente del Tajo, con pesqueras, huertos, prados y cuanto poseía Abdalla Aventoli, sarraceno, en el sitio que señaló D. Hernando, Maestre de Calatrava, «cui ego heri dedi per meum privilegium castrum et villam pradictam.» Encarga además el Rey al Maestre que señale á Roco la mejor parte, haciendo resaltar así los méritos del agraciado, y el aprecio que dispensaba á tan ilustre Capitán y Alferez suyo.

Quedóse este Conquistador de Alcántara en la Villa, y allí se casó con Maria Alfonso, hija de Alfonso Vázquez Pimentel. Siguió sirviendo al Rey en la reconquista de Extremadura, más agitada entonces que nunca, con el valor y constancia de sus primeros años, y ya viejo le cupo la honra de morir con dos de sus hijos en el cerco que puso á Sevilla en 1248, D. Fernando III el Santo.

El tercero de los hijos de Bernardo, y único que le quedó, fué Martin Roco, casado con una hija de Alfonso Tellez de Meneses, el poblador de Alburquerque. Alcanzó tres años del reinado de San Fernando y los 31 de D. Alonso el Sabio, portándose con

igual valor que sus antepasados. Murió con el mayor de sus hijos en las guerras de Murcia. De los otros dos que tuvo, Gonzalo, Comendador del Portezuelo, perdió la vida en la batalla que el Maestre de Alcántara D. Gonzalo Pérez de Oviedo dió al Infante Abomelic, junto al rio Patute.

Diego Roco, hijo segundo de Martín, fué también militar aguerrido, y de los más principales y calificados de Alcántara. Por sus servicios le fué adjudicada la dehesa de Campofrio en el repartimiento que el Maestre Garci Fernández hizo en Belvís á 26 de Julio de 1275. A consecuencia de las muchas heridas recibidas en servicio de los Reyes D. Sancho y D. Fernando IV, tuvo que retirarse y murió en su pueblo natal.

El hijo de este, Miguel Roco, sirvió á D. Fernando IV y Don Alonso XI, perdiendo la vida con dos de sus hijos, Diego y Bernardo en la conquista de Algeciras en 1343. Sucedió á Miguel en la casa su hijo Juan Martín Roco que fué el primero en titularse Señor de Campofrio. Era Doncel del Rey D. Alfonso XI y Caballero de la Banda, y uno de los Capitanes mas valientes y adictos al Rey D. Pedro, á quien sirvió en las diferencias que tuvo con el Rey D. Pedro Aragón. Le confiaron en 1362 el gobierno de la Villa de Cetina, casándose allí con una sobrina de D. Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de la Orden de San Juan. Su hijo mayor Miguel murió en la guerra. Los dos siguientes, Bernardo y Vidal, marcharon á Rodas con su tio el Maestre, y allí murieron, sucediendo en la casa el cuarto Juan Martinez Roco, el cual, andando con su padre en las competencias entre los Reyes D. Pedro y D. Enrique, murió también con él.

Es curioso su testamento otorgado en Alcántara á 20 de Junio de 1401. Porque retrata muy al vivo á los caballeros de aquel tiempo, copiamos una de las cláusulas en la que, dirigiéndose á su citado hijo, dice: «Otrosí mando é encargo al dicho mi fijo, é que el assí lo mande á los sus fijos, que sean muy temerosos de Dios, é guardadores de los sus santos mandamientos, é defensores de la su Ley santa fasta morir por ella, como lo hicieron los nuestros pasados los Condes de Urgel, de quien nos venimos.» Murió de más de 120 años.

Su hijo mayor, llamado también Juan Martínez Roco, fué el primero en añadir á este apellido el de Campofrio y, hallándose estudiando en Salamanca, allí se casó, y vino á morir en Alcántara por los años de 1437.

Juan Martín Roco, el *viejo*, hijo del anterior, sirvió á los Reyes D. Enrique III, D. Juan II, y también á los Reyes Católicos, muriendo en 1479. Se había casado con Mencia de León. Los de este linage vinieron de Asturias y proceden de la casa antigua de Fonfria, en el valle de León. En 1385 ya figuran bastante en Alcántara, á donde vinieron con el Maestre D. Gonzalo Martínez de Oviedo.

El hijo mayor de estos, también llamado Juan Martín Roco, le apellidaban *el mozo*, para distinguirle de su padre. Sirvió en distintas ocasiones á los Reyes Católicos, y muy especialmente en el cerco de Málaga, donde se presentó el 15 de Agosto de 1487 con 8 hijos, 4 primos y sobrinos y 3 escuderos, todos con armas y caballos, solicitando del Rey alguna merced por sus servicios en aquella guerra, los de su padre á los Reyes D. Enrique II y D. Juan I, los de su abuelo Juan Martínez Roco, que salió gravemente herido en la batalla de Aljubarrota, y los de su bisabuelo Juan Martín Roco. El Rey, en consideración á lo expuesto, accedió á la gracia que solicitaba, armándole caballero de *espuelas doradas* á presencia de toda la Corte. Le calzaron las espuelas el Maestre de la Orden de Alcántara, D. Juan de Zúñiga y el Comendador Mayor.

Sus hijos Miguel, Gabriel y Diego Roco, después de dar en el cerco de Granada pruebas de mucha valentía, principalmente el mayor de ellos, que llegó al grado de Capitán en aquel ejército de héroes, regresaron á Alcántara terminada la campaña. Admirados de la vida ejemplar, que llevaban los frailes del convento de San Bartolomé, determinaron los tres abrazar el estado religioso, renunciando el brillante porvenir que les ofrecía el mundo.

Se despidieron de los amigos de una manera bastante original, y que revela el temple de alma de aquellos jóvenes tan fuertes para luchar con la morisma como con las vanidades de la sociedad. En un día en que celebraba la Villa lucidas fiestas, se presentaron los tres hermanos en el juego de cañas con vistosas libreas adornadas, lo mismo que los trajes, con cabos de seda y oro. Llevaban en las adargas esta misteriosa divisa, «estos son los cabos de la vida malgastada.» Nadie, por entonces, acertó á descifrar el enigma de dichas palabras hasta que, al día siguiente, supieron con grande admiración que habían trocado aquellos caballeros sus galas por el humilde sayal de S. Francisco, en el convento de la Villa.

No satisfechos con la vida edificante que allí llevaban, y deseosos de mayor perfección, pasaron por los años de 1510 á la Custodia del Santo Evangelio, que tenía justa fama de penitente, convertida más tarde en Provincia de S. Gabriel. En ella y siendo Fray Miguel guardian del Convento de los Majarretes, dió el Santo Hábito y admitió más tarde á la profesión religiosa á su sobrino S. Pedro de Alcántara. Desempeñó varias veces Fray Miguel el cargo de guardian y, más tarde, el de Provincial y Definidor, muriendo lleno de merecimientos en Plasencia en 1530.

De tan austeros religiosos recibió en su niñez y adolescencia nuestro S. Pedro de Alcántara los primeros ejemplos de mortificación y desprecio del mundo, virtudes que había de perfeccionar hasta el punto de merecerle el título de Portento de la penitencia.

No lleven á mal esta digresión nuestros lectores, toda vez que el suceso referido, al mismo tiempo que retrata el genio extremeño de aquellos siglos con sus varoniles arranques en todos los terrenos, atestigua la importancia de estos estudios biográficos y genealógicos, como indicamos al principio.

Si no nos apartara mucho del plan trazado, hablaríamos aquí, en apoyo de esto mismo, de un biznieto de este Juan Martín Roco, *el mozo*, que fué varón insigne y de los más doctos de su tiempo. Llamábase D. Martín de Godoy y Loaisa y fué Dean y Arcipreste de Sigüenza, Canónigo de Osuna, Arcediano de Niebla en la Iglesia de Sevilla y Limosnero Mayor del Príncipe don Carlos, hijo de Felipe II. Debemos estas noticias al estudio genealógico citado al principio, así como también que es autor de importantes trabajos literarios, elogiados recientemente por Menéndez y Pelayo en su *Bibliografía Hispano-Latina*, donde nos lo presenta como traductor competente de Séneca y Catón. Sin estas dos citas, pasaría hoy desapercibido, como tantos otros, este ilustre extremeño.

El hijo menor de Juan Roco *el mozo*, sucesor en la casa y llamado Bartolomé, antepuso el apellido León, que era el materno, al de Roco. Como sus antepasados, fué muy aficionado á la guerra dando en ella pruebas de bizarría. Le llevó el Duque de Béjar como Capitán de lanzas, cuando los Reyes Católicos ganaron la Villa de Benamequiz. Murió muy joven en 1504 dejando dos hijos menores.

El mayor de ellos fué Juan Roco, fallecido en 1537 y dejó un hi-

jo llamado Antonio Roco Campofrío, que casó en 1.545 con Catalina del Barco Villalobos y fueron padres de nuestro biografiado.

Estos son en resumen sus brillantes antecedentes genealógicos por la línea paterna únicamente. En otra ocasión los ampliaremos dando á conocer, al mismo tiempo, algunos otros de sus antepasados no menos ilustres.

* * *

Nació D. Juan Roco Campofrío en Alcántara el 8 de Julio de 1.565. Para perfeccionarse en la primera enseñanza y cursar latinidad, luego que salió de la infancia, le llevaron sus padres al ya entonces célebre Convento del Palancar, cuna de la reforma de S. Pedro de Alcántara. En aquella soledad, popularizada con las austeras virtudes y ejemplos de un santo pariente, á la vez que preparaban los Franciscanos aquella inteligencia privilegiada para estudios más profundos, crecieron su piedad é inclinación al estado religioso.

Después de recibir en 1.579 la tonsura clerical, que le fué conferida por el Obispo de Coria D. Pedro García de Galarza, siguiendo la conducta de algunos de sus antepasados prefirió la venera y el hábito de la esclarecida orden militar de Alcántara á todos los honores con que le brindaba la sociedad.

Por R. Provisión de D. Felipe II, expedida en Lisboa á 27 de Diciembre de 1.582, fué admitido como fraile en el Sacro Convento de S. Benito de su pueblo natal, y después de practicar el noviciado, profesó al año siguiente. Pasó enseguida á Salamanca al Colegio de la Orden para cursar el Derecho canónico. Durante sus estudios, dió contínuas pruebas de aplicación y extraordinaria capacidad.

Por ese motivo, cuando solo contaba 20 años, le confirió la Orden el honroso y delicado cargo de Arcipreste de Alcántara, admirando á todos por el tino y entereza con que le sirvió, poco comunes en la juventud.

Sobrecogido por la sublimidad del sacerdocio, antes de ascender á él, quiso prepararse lentamente, y recibió el Subdiaconado en 1586, el Diaconado en 1587 y el Presbiterado el 23 de Diciembre de 1589; este último de manos de D. Gerónimo Manrique, Obispo de Salamanca. Celebró en su Colegio la primera misa, oyéndole decir con frecuencia que había sido el día más feliz de su vida.

Sin embargo de la brillantez de sus estudios no se dejó llevar de la disculpable precipitación de otros escolares, y retrasó algún tiempo, á fin de prepararse debidamente, los grados académicos. Hasta 1591 no se licenció y doctoró en Cánones en la Universidad de Valencia, recibiendo la investidura del Cancelario de la misma, el Arzobispo D. Juan de Ribera, que veneramos hoy en los altares.

* * *

Las relevantes prendas del Colegial alcantarino no permanecieron ocultas por mucho tiempo, y en el mismo año de 1591, se vió precisado á renunciar á la soledad tan apetecida de su Convento, requerido por uno de los personajes más encumbrados de la Corte del gran Felipe II.

El Archiduque Alberto, sobrino del Rey, al marchar á Portugal con el cargo de Gobernador de aquel Reino y Legado del Papa, le llevó de su Cruciferario. Este nombramiento, á la vez que honorífico, trajo otras ventajas á nuestro biografiado. Juntaba el Archiduque á su reconocido valor y pericia militar el talento de uno de nuestros primeros hombres de Estado y una actividad y prudencia poco comunes. A su lado se formó nuestro D. Juan Roco, y tan satisfecho de su comportamiento debía estar el Archiduque que, en el mismo Lisboa, á 29 de Enero de 1593, le nombró auditor de su Cámara y, cuando regresó á España al año siguiente, le hizo su Capellán D. Felipe II.

Los asuntos de Flandes, que iban de mal en peor, reclamaron la presencia de una persona tan competente como el Archiduque, y allí fué enviado en 1595. Le acompañó D. Juan Roco, en calidad de Vicario general de aquel ejército, Juez Eclesiástico de la Casa y Corte de S. A. y Revisor del Tribunal de Cuentas que existía en aquellos Estados. Hizo una visita minuciosa del Hospital militar, otra de los ministros y Oficiales del ejército y entendió, además, como Juez en las causas que se formaron á consecuencia de dichas visitas. Allí permaneció hasta 1598 en que regresó el Archiduque á España para casarse con la Infanta Isabel Clara Eugenia, quedándose Roco en España. Más adelante hablaremos del Diario ó Crónica de dicho viaje, escrito por Roco.

EUGENIO ESCOBAR PRIETO.
Dean de Plasencia.

(Concluirá)

ENFERMA

Dice la gente que sufre
la niña males del alma;
está tomando específicos,
ha hecho excursiones muy largas,
la han visitado cien médicos
y siempre... ¡siempre tan mala!

La niña pregunta
con voz apagada:

•Madre, mi madre querida,
mi madre de mis entrañas,
¿caeré con las hojas
que tiene la parra?

¡Ay! el otoño se acerca,
traerá neblinas y escarchas
é irá desnudando el patio
de sus espléndidas galas.

Y dice la gente
y nunca se engaña
que los tísicos de cuerpo
sucumben con la hojarasca.

Así, pues, contesta,
contéstame franca;
yo que estoy débil y triste,
yo que estoy tísica de alma,
¿caeré con las hojas
que tiene la parra?

Cuando el jilguero en el patio
dá sus divinas escalas

parece que con sus ritmos
quiere alejar mi desgracia.

¡Ay! él me recuerda
venturas pasadas;
me recuerda mis amores,
mis sueños, mis esperanzas,
cosas que, al marcharse,
dejaron heladas
las flores del corazón
de esta que, tísica de alma,
caerá con las hojas
que tiene la parra.

Madre, si tú te le encuentras
le dices estas palabras:

«eres de ella el asesino,
porque tu olvido la mata;
¡que Dios no te pida cuenta
de tus promesas juradas!

¡que vivas dichoso
la vida más larga!
que ella descende al sepulcro
perdonando y olvidada;

¡que te ame otra joven,
como ella te amaba!
como ella que, estando enferma,
teniendo tísica el alma,
caerá con las hojas
que tiene la parra».

Madre, mejor es morirse
que vivir sin esperanzas;
mejor es morir la vida
que vivir la muerte amarga;
y yo estoy viviendo muerta
porque el amor me hace falta.

Es todo perdido,
pues nadie me salva;
porque, viviendo entre nieves,
teniendo tísica el alma,
caeré con las hojas
que tiene la parra.

¡Pobre niña, cuánto sufre!
tiene ojeras azuladas;
la amarillez de los muertos
tiene el color de su cara.

Ella que fué tan hermosa,
á quien todas envidiaban,
la más alegre en las fiestas
y más mujer en su casa,
ahora, ¡siempre triste,
siempre ensimismada!

¡Ay! es verdad, ¡todo inútil!
Teniendo tísica el alma,
caerá con las hojas
que tiene la parra.

A. REYES HUERTAS.

UN LUNAR FATAL

(Episodio de la Guerra de la Independencia)

I

Corría el año 1808. Desde que á Badajoz llegó el parte del inmortal alcalde de Móstoles, de D. Andrés Torrejón, el pueblo empezó á impacientarse al conocerse lo ocurrido en Madrid el memorable 2 de Mayo.

Llegado el 30 del mismo mes, estalló en Badajoz el célebre motin en que pereció el desgraciado general Conde de la Torre del Fresno.

Desde hacía bastante tiempo venía llamando la atención de las gentes un estudiante que con un gran lunar morado en el lado izquierdo de la cara, frecuentaba mucho, quizá demasiado, la amistad de los oficiales franceses. Sabido es que el pueblo miró con gran prevención á los *napoleones*, y esto solo era sobrado motivo para que *el del lunar*, como ya le llamaba todo el mundo, fuese tenido por *afrancesado* y mal español.

Estallado el motin, y asesinado el desgraciado Conde, el pueblo, ese pueblo que gritaba *Vivan las caenas*, irritado, enfurecido, en su embriaguez de venganza por lo que ellos habían tomado como un ultraje, no quiso contentarse con esta víctima y buscaba más cómplices en que poder saciar su sed de sangre y descargar su furia. En este estado de ánimo, fácil es comprender la gravedad de cualquier indiscreción. De entre el tumulto sale una voz gritando: *¡á ese del lunar, que es afrancesado!*, y claro es

que esto equivalía á la sentencia de muerte del pobre estudiante. Los más inmediatos á él, se le avanzan como energúmenos golpeándole con piedras y palos, y allí hubiera perecido seguramente á no mediar oportunamente algunos individuos bien quistos del pueblo, en su favor, que lograron sacarlo de entre las manos de la turba multa; conduciéndole preso al cuartel de la Bomba.

Al siguiente día, salía nuestro personaje del calabozo con el alma llena de amarguras y dispuesto por todos los medios á borrar la nota infamante de *afrancesado* con que públicamente se manchara.

II

Tres años después, en 1811, el ejército francés, sitia formal y obstinadamente esta plaza. En la noche del 3 de Febrero empezó el bombardeo y la confusión y el espanto tan horrible que se apoderó de estos habitantes, no es posible describirlo. Las granadas y bombas estallaban por calles y plazas, sembrando el incendio y la destrucción por todas partes. Las mujeres, ancianos y niños, lanzaban ayes de dolor que, al mezclarse con el estampido de los cañonazos, se oían perfectamente en el campamento francés, según dice cierto autor.

La guarnición, que tantas pruebas de valor y heroismos había dado, puesta siempre su mayor esperanza en el invicto Menacho, se batió cual correspondía á los bravos defensores de Badajoz. Sin embargo, la situación era en extremo apurada. Por aquellos días, todo el ejército francés organizado para la expedición á Extremadura, se encontraba delante de los muros de Badajoz. Menacho que tantas veces había rechazado las proposiciones que los sitiadores le habían hecho para rendirse, necesitaba avisar lo que ocurría á Lord Wellington, que se hallaba en Portugal, para que le enviara algún socorro; pero el aviso no podía enviarse más que atravesando el grueso del ejército enemigo, y esto era punto menos que imposible. En estas preocupaciones se hallaba Menacho cuando se le anuncia que un oficial deseaba hablarle. Concedido el permiso, entra en su despacho un oficial que saludando militarmente dice: Mi general, he sabido que V. E. desea enviar pliegos á la plaza de Elvas, pidiendo socorros; aunque no es fácil atravesar el ejército enemigo sin ser reconocido, yo sé hablar el francés; con un uniforme del ejército sitiador y los deseos que yo tengo

de ser útil á mi Patria, se va á todas partes; suplico á V. E. que me confíe la alta y honrosa misión de conducir esos pliegos á Elvas. El general, sumamente admirado y satisfecho de tan hermoso comportamiento, la entregó los pliegos, que condujo á Elvas sin el menor obstáculo, regresando á Badajoz en igual forma, disfrazado de oficial francés.

La noticia de este hecho importantísimo, pues que del auxilio que Wellington enviara dependía la suerte de la plaza, se extendió por toda la población y pronto tuvo todo el mundo curiosidad de conocer al oficial que de tal modo había arriesgado su vida en holocausto de la Patria. Juzguese cual sería la impresión que produjo la noticia de que el oficial en cuestión no era otro que el estudiante del lunar á quien tres años antes había querido arrastrar el pueblo de Badajoz.

Desde entonces fué muy conocido y muy popular, pues la gente del pueblo llegó á tenerle verdadero cariño, siendo respetado y muy considerado de todas las clases sociales.

III

El estudiante del lunar, avergonzado, lastimado y dolorido en su honor y en sus sentimientos de buen patriota por la fatal circunstancia del lunar, había jurado hacer desaparecer aquella infamante mancha arrojada á su dignidad, y ciertamente que lo había conseguido, sentando plaza de voluntario, llegando á fuerza de heroísmo al grado de teniente que tenía y realizando el hecho que acabamos de narrar. Nuestro personaje, no era otro que don Diego Pato y Ruiz, natural de Alburquerque, que habiendo estudiado la carrera de la Iglesia hasta concluir la de Teología, graduándose de licenciado y doctor en Salamanca, residía desde hacía tiempo en Badajoz. Aficionado al saber, quiso aprender de viva voz el idioma francés, para lo cual travó amistad con oficiales franceses, lo que fué causa de que se le tomara entre ojos y se le tildara de afrancesado.

Por el incidente relatado, varió radicalmente de carrera, y ya formando en el Ejército, se encontró en el ataque de Villar del Rey (2 de Mayo de 1809), por el que le fué concedido un escudo de honor. Asistió al ataque de la Picuriña, á las acciones de Bienvenida y Canta el Gallo, donde sostuvo la retirada; en la de Fuente de Cantos, donde fué herido de sable en la carga que hizo

con la brigada portuguesa; en la de Azuaga (18 Diciembre 1810), con tan heróico comportamiento, que el general le dió las gracias y le felicitó en el propio campo de batalla. Asistió á la batalla de Valencita (2 Enero 1811) y á las del sitio y defensa de Badajoz, distinguiéndose en la de las baterías el 7 de Febrero, y á otras muchas hasta la terminación de la guerra en 1814.

Murió muy joven, siendo aun teniente, cuando con la cuarta parte de los hechos de armas del Sr. Pato y Ruiz han llegado muchos á ser generales. Su viuda D.^a Vicenta Soto y sus hijos don Carlos, D. Bonifacio y D.^a Lázara, los dos primeros jueces de primera instancia, se marcharon á Alburquerque al lado de su hermana D.^a Antonia, abuela paterna del autor de estas líneas. A los referidos hijos todavía les han alcanzado las generaciones presentes, pues que han muerto hace pocos años.

LINO DUARTE INSUA.

Septiembre 1908.

A UNAS FLORES SECAS

Pobres flores marchitadas
que en el suelo os arrastrais.
¿Por qué si fuisieis amadas
hoy al olvido entregadas
pobres flores os hallais?
Si perdisteis con la vida
frescura, aroma y colores,
¿por qué una ingrata os olvida?
¿Es que mira en vos perdida
la prenda de sus amores?
Si de una bella la estancia
engalanásteis ayer
y en vuestra suave fragancia
bellos sueños de la infancia
aspirabais con placer.
Si en vuestro tallo gentil
vuestra belleza ostentado,
dais enojos mas de mil,
envidia á otras flores dado
en las mañanas de Abril.
Si en vuestro mudo follaje
sois mensageras de amor,
y entre el frondoso ramaje
haceis que á vosotros baje
á cantar el ruiseñor.
¿Porque pobres flores, hoy
estais dadas al olvido?

¿Por qué os miro marchitadas?
¿Habeis sido envenenadas
por aliento corrompido?
¡Ay flores! Tal es la vida;
como vosotras tambien
tengo el alma dolorida,
que recibió una honda herida
perdiendo un soñado eden.
De mi pobre corazón
rompieron todos los lazos
las penas de una pasión,
y sin tener compasión
arrojaron los pedazos.
Vida risueña vivía
yo también como las flores,
pero incauto no veía,
que ellas perdían sus colores,
yo mis amores perdía.
Pobres flores, no lloreis
porque esteis abandonadas;
que si la vida perdeis,
porque á la vida torneis,
yo os tendré siempre guardadas.
Y si en esta vida incierta
no puede ya el pecho mio
cobrar la esperanza muerta,
las lágrimas que yo vierta
os servirán de rocío

VENANCIO MUÑOZ Y BLASCO.

Concepto del misticismo

En mi artículo anterior acerca del «Sentimiento de lo divino», al señalar el origen del Misticismo, apuntaba yo que en los preliminares mismos empezaban las sombras que oscurecen y confunden toda esta cuestión en la generalidad de los libros que directa ó indirectamente la estudian. Y si ya en los preliminares comienza la oscuridad, excusado es decir cuanto no se espesará al tratar de fijar el concepto verdadero de la Mística. ¿Quién será capaz de extraerlo del potente, pero doloroso anhelo, místico á su modo, que como ya indiqué, se levanta de las páginas de una gran parte de la literatura novísima, Tolstoy, Mœterlinek, Amiel, Maurice, el mismo Verlaine, etc.? Y digo místico á su modo, porque en algunos, Mœterlinek y Amiel, por ejemplo, hay verdaderos elementos místicos; la aspiración, por lo menos, positiva y vehementemente á lo ultraterreno,—primer escalón de la escala misteriosa—pero que enreda sus alas en el árbol enmarañadísimo del Panteísmo; y «el Panteísmo idealista y dialéctico, escribe con su acostumbrada profundidad Menendez y Pelayo, es incompatible con la poesía mística por seco, árido y enojoso»; y aunque el emanatista y naturalista no lo es tanto, sin embargo «encierra un virus capaz de matar en germen toda inspiración lírica» (1). Mœterlinek ha escrito estos admirables sentires: «Hay en nosotros una vida de divino amor. Amar así no es sólo tener piedad, sacrificarse interiormente, querer ayudar y hacer feliz; es una cosa mil veces más profunda, que las palabras humanas más suaves, más ágiles y más fuertes no pueden alcanzar» (2).

(1) «Discurso acerca de la Poesía mística». Cuanto allí se dice de esa poesía es aplicable al misticismo en general, del que es expresión artística.

(2) «El Tesoro de los humildes».

En el alma de uno de nuestros grandes místicos, así preparada, así fecundada por la acción misteriosa de ese amor tan puro que se mancha al ser expresado por la palabra humana, tan recóndito que está por cima de todas las facultades, tan apto para percibir «el aspirar sabroso de Dios», en incomparable expresión de San Juan de la Cruz, hubiera surgido enseguida la visión inefable de aquella Belleza soberana que marcó sus huellas en cuanto hay de hermoso en la Creación, y muy particularmente por la gracia, belleza de las bellezas, en la naturaleza humana, y esa visión se hubiera trocado en un á modo de potentísimo y divino fuego, mediante el cual esa misma alma, en maravillosa transfusión y por altísima manera, se incorporase á esa Belleza no en silenciosa y absorbente unidad, sino conservando y afirmando su libre personalidad. Y como consecuencia y gratitud á todas esas efusiones, finezas y liberalidades de la Belleza increada, y en el deseo ardiente de que todas las criaturas le amen, adoren y alcancen su gracia, todos esos ardores, emociones y movimientos místicos internos hubieran pasado con cristalina transparencia á las páginas de un libro, ó hubieran desgranado armonías del cielo en las estrofas de un poema; y lo que es más importante aún, se hubiera traducido en aquel secreto poderío de acción, en aquella civilizadora corriente de actividad que después de recorrer las llanuras castellanas «rebotó, como dice Fevre, las fronteras de España» (1).

Ponderando Valera esta portentosa fuerza contra-panteísta del misticismo español, cuya carencia empuja á la sima de las mayores aberraciones á los místicos heterodoxos, hace estas afirmaciones: «Los salva á más de su humilde sumisión á la Iglesia, el vivo sentimiento del ser individual; el psicologismo empírico que no consiente que el yo ni por un instante se diluya en lo infinito como gota de agua en el Oceano; y el amor á la acción, con la que tienen siempre despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español caracter propio (2).

Esa vida de divino amor, no ha inspirado, sin embargo, á Mœterlinck más que este pensamiento en que se cristalizan todas sus místicas efusiones: «dijérase por momentos que es un recuerdo

(1) «Histoire de l'Église», tomo 35.

(2) Discurso contestación á D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

furtivo pero extremadamente penetrante de la gran Unidad primitiva».

En otros de los llamados místicos modernos, pudiera bien citarse como ejemplo á Tolstoy, el misticismo no es más que un conjunto de vagas aspiraciones evangélicas monsruosamente mezcladas con el escepticismo que naturalmente ha de llevar sus ruinas al espíritu que con sola la razón se ponga frente á frente de los problemas del mundo moral. La visión atormentadora del dolor y de la imperfección humanas, despojados del velo celestial en que los han envuelto la Fé, la Esperanza y la Caridad sobrenaturales, arrancan de las almas bondadosas y amantes, como indudablemente lo es la del célebre escritor ruso, ese gemido de lástima y ese anhelo imperioso de perfección, que cuando en ellos vibra la eficacia de esas tres divinas fuerzas, penetran hasta lo más hondo de los cielos, y se convierten en anarquía de sentimientos, cuando no tienen alas para subir tan alto.

En resúmen, lo que entre esta clase de autores y entre los llamados por antonomasia *modernistas*, se quiere hacer pasar por misticismo, no lo es ni con mucho en el genuino concepto de esa palabra. En unos es hastío del espíritu, mejor dicho, simple protesta y natural reacción del mismo ante las demasías naturalistas. En otros mera inquietud de la imaginación fomentada por el continuo tejer y destejer del pensamiento moderno. En otros natural elevación del espíritu que sorprende las misteriosas relaciones que existen entre los seres y hacen circular savia de espiritualismo aun á través de la misma materia. «Todo paisaje, decía Amiel, evoca un estado de alma». Pero como no es verdadero espiritualismo místico, la materia misma parece que se confunde, disloca y entenebrece. El ya citado Valera dice hermosamente: «El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza prestándoles aquella impresión que Murillo y Zurbarán sabían dar á sus frailes más rotos, sucios y demacrados». Mil veces, en cambio, habrá el lector contemplado en cuadros, cubiertas de libros, ilustraciones, etc., esas pinturas modernistas, reflejos exactísimos de esa literatura místico-moderna. Unas veces es una mujer cuyos cabellos, recojidos en manojos, caen convirtiéndose en cursos de aguas que se ensanchan en rios velados por nieblas y hojas. Otras una cinta de agua amarilla que se pierde no se sabe dónde; una línea de árboles en una llanura desierta y entre los árboles una mujer que pasa como un fantas-

ma. Siempre algo indefinido y vago, algo sombrío, expresión de la tristeza infinita que va extendiendo por todas partes el agotamiento de los benditos ideales cristianos.

Doy fin á estas líneas sin haber tocado el asunto que su título indica. Quédese para el artículo siguiente y sirvan las anteriores consideraciones para deslindar bien el campo del verdadero Misticismo.

ENRIQUE V. CAMARASA.

Presbítero.

LOS EGOISTAS

Fragmento de comedia

RAMÓN. Cómo me satisface que mi primera entrevista á solas, al volver á esta casa de mis recuerdos después de una vida de borrasca, sea contigo, con mi nenita de hace diez años. A tí acaso te disguste.

LUCITA. A mí ¿por qué?

(1) Los propietarios de ARCHIVO EXTREMEÑO, que son dos buenas personas y que me han dado pruebas de ser unos amigos excelentes, no deben andar ahora muy á buenas con mi amistad, porque han dado en la tozudez de sacar á relucir mi nombre modestísimo, cuando yo más desentendido me creía de estas andanzas literarias. La escasez de tiempo y la mayor aún de bagaje, me habían servido repetidas veces de razonable excusa para no ceder á su demanda; pero no sé por donde ellos averiguaron que en mis últimos ratos de ocio había compuesto una comedia en dos actos ¡la ignorancia es muy atrevida!—y que un Jurado benévolo la hizo objeto de una distinción, y en este fallo se escudaron para solicitar la publicación de unas escenas. Sea, pues, del Jurado bonachón la responsabilidad que quieran exigir los lectores de ARCHIVO.

Y, del mal el menos, que va poniéndose de moda publicar en folletos y revistas las obras teatrales que no se quieren ó no se pueden llevar á la escena, quizá porque no deben llevarse; pues tengo para mí que á estas piezas dramáticas que no van al teatro las preside el mismo sino que á las cartas «que se deben perder», según el gran humorista.

Y, hecha esta salvedad, creo del caso dar al lector una idea del asunto de la obra, si no han de quedarse á oscuras con la lectura de las dos escenas que han elegido mis amigos. *Y aquí fueron mis quebrantos....*

Ramón, hombre de 36 años, ha sido un pobre diablo que destrozó su fortuna en unos años de vivir alegre, pero que logró salvar de la bancarrota el corazón y la vergüenza; sobrevinieron al arrepentimiento y la estrechez y

- RAM. *(Que ha hecho ademán de abrazarla y se reprime)*
Perdóname. Iba á abrazarte, sin reparar en que el tiempo ha interpuesto entre nuestros cariños el dulcísimo obstáculo de tu gentileza. ¡Ya eres una mujer! Pero deja que te bese en la frente, altar de la pureza, como besan las madres. *(La besa)*. Tenía necesidad de esta expansión, y he querido sellar sobre tu belleza inmaculada el juramento de mi vida nueva.
- LUC. Y yo quiero alentar con mi cariño tan noble propósito. *(Le besa en la mano)*.
- RAM. No me he engañado, no; tú eres lo mejor de la casa... *(desvaneciendo la ligera contrariedad de Lucita)* porque eres lo más nuevo. La juventud lleva consigo un perfume de frescura, de simpatía, de bondad... Tú tienes además los adornos de la belleza y de la distinción; eres también discreta, se te adivina. Si tus padres no hubieran hecho otra cosa que alegrar la vida

nuestro protagonista vuelve, á los diez años, á casa de sus hermanos (*D.^a Guadalupe y D. Lucas*), más en demanda de cariño y de consuelo que en solicitud de apoyo y de recursos. (Hasta aquí la parábola del *Hijo pródigo*).

D.^a Guadalupe y D. Lucas viven de sus rentas y de la protección de unos tios egoistas que no valen la pena de darlos á conocer aquí; en este ambiente de egoismos ha nacido *Lucita*, hija de *D.^a Guadalupe*, pero que debió dar el salto muy atrás, porque no se parece á ninguno de sus parientes. *Lucita* tiene 17 años, y es hermosa de cuerpo y de alma; una criatura ideal, creada por mí para mi honesto y espiritual deleite.

La noticia del regreso de *Ramón* ha concitado las furias de sus parientes, que en la disección moral de nuestro héroe (todo es relativo en este mundo) han cebado sus pasiones mezquinas; y su presencia inesperada los sorprende cuando tramaban sus egoistas maquinaciones. Interrúmpese el estruendo de esta lucha de pasiones en un oasis de tranquilidad que no sé si habrá servido para hacer patente la nobleza de sentimientos de *Ramón*, que, en la escena subsiguiente, nos deja ver la entereza de su dignidad inmaculada después del desastre.

Estas son las dos escenas que se ofrecen al lector en el presente número.

* * *

Para no afligir á los posibles futuros espectadores (no soy partidario del drama) he querido que el calvario del protagonista se venza á telón caído, y en el segundo acto, aparece *Ramón* en mitad de la cumbre de su rehabilitación económica y en medio del asombro de los egoistas á quienes aquel paga con generosidad de alma el aislamiento en que pretendieron ahogarlo. En esta ascensión triunfante le acompaña como angel bueno su sobrina *Luz*; y termina el acto, cuando ya va vencida la cuesta penosa, brindando los triunfadores por la conversión de los egoistas.

No sé si la grandeza del pensamiento habrá logrado vencer las dificultades de técnica teatral; pero estoy satisfecho de mi sinceridad de autor (!) y no tengo que arrepentirme de haber mediado en torpes oficios: la comedia no termina en boda, ni en ella hay seducciones ni amoríos.—(*N. del A.*)

- LUC. con tus encantos, tenían de sobra ganada la felicidad. Jesús, tío, parece como si hubiera sido tu intento turbarme con la lluvia de flores (*con mimosa é inocente coquetería*) que has arrojado á mis piés.
- RAM. Nó; sobre tu cabeza, sobre tu busto hermoso de mujer, que es el sitio de las flores. A los piés las arrojan los que las profanan.
- LUC. Y ahora, para mayor turbación mía, me das—muy finamente, eso sí—pero me das una lección. No has perdido el tiempo que disipaste en tus alegrías, por cuanto te has familiarizado con la cortesanía del lenguaje.
- RAM. No seas pícara, sobrinita; ni ese lenguaje diría bien en quien lleva tu sangre, ni la lisonja seduce en quien deja asomar las canas á su frente. Nada de eso, Luz. ¿No te llamas Luz?
- LUC. Sí; pero los de casa me dicen Lucita; el cariño ha querido hacer más dulce el nombre.
- RAM. A costa de su belleza; Luz es más hermoso, más expresivo, llega más; Lucita es una especie de pantalla que atenúa la fuerza de ese nombre que tan bién te cuadra, que es como el esquema de tu esencia: Luz.
- LUC. Se me ocurre una pregunta.
- RAM. ¿Cual?
- LUC. Que debes haber sido muy afortunado en tus amores. Las mujeres nos dejamos seducir por la música de las palabras.
- RAM. Las mujeres, como tú, de espíritu ámplio, de alma robusta, de imaginación espléndida—que sois las menos—; hay muchas que sólo buscan en el amante la vitalidad del sexo; y otras, las que se dicen fáciles... rara vez se dejan seducir si no es por la elocuencia de los números. Pero variemos de conversación; ni tú puedes seguirme por este camino, ni yo tengo valor para desenterrar mis recuerdos.
- LUC. Como quieras.
- RAM. ¿Y tu padre?
- LUC. En su despacho de la Bolsa.
- RAM. Es fuerza que lo vea pronto; lo necesito.
- LUC. En todo caso—sin que te ofendas—cuenta conmigo

- en absoluto. Puedes serme franco, porque no trato ¡Dios me libre! de pagar tus piropos.
- RAM. Lo sé, Luz. A ese precio, rehusaría hasta el placer de tu conversación, que tanto bien me ha hecho desde mi llegada.
- Doña Guadalupe. *(Que sale por el foro aparentando tranquilidad, pero sofocada y nerviosa).* Ya estoy aquí.
- RAM. *(Secamente).* Adiós.
- D.^a GUAD. *(A Lucita).* Déjanos solo un momento.
- LUC. Hasta luego.
- RAM. Hasta luego, Luz.
- LUC. *(Aparte).* Sin duda no lo han comprendido los que hablan tan mal de él. *(Váse por la segunda izquierda).*
- D.^a GUAD. *(A Ramón).* Siéntate; necesito que hablemos.
- RAM. También yo lo deseo; á eso he venido; y después del recibimiento que me has hecho, mi impaciencia por hablarte es mayor.
- D.^a GUAD. No ha debido extrañarte el recibimiento, sabiendo que han llegado hasta nosotros las noticias de tus locuras.
- RAM. No hablemos de mis locuras, que esas á mí solo toca purgarlas; y ¡vive Dios! que ya llevo andada buena parte del camino.
- D.^a GUAD. Y vienes para que te ayudemos á andar la parte que te falta.
- RAM. Te digo que no. A ese paso no llevas trazas de entenderme.
- D.^a GUAD. Si no te das más prisa en explicarte...
- RAM. No te extrañe mi brusquedad; la rudeza de mi carácter hase agriado un tanto en el infortunio.
- D.^a GUAD. *(Impacientándose).* Bueno; pero ¿á qué vienes?
- RAM. *(Bajando la voz y sin alterarse).* A convencerme de tu ruindad.
- D.^a GUAD. ¿Me insultas?
- RAM. Te contesto.
- D.^a GUAD. Ahora sí que no llevas trazas de que nos entendamos.
- RAM. Pero acabaremos antes y eso iremos ganando tú y yo.

- D.^a GUAD. Si conocías mi ruindad, como dices, has debido acudir á los amigos antes de venir á esta casa.
- RAM. Y lo he hecho; pero por lo que haceis los parientes puedes calcular lo que habían de hacer los extraños. Y, en justicia, estos se han portado mejor.
- D.^a GUAD. No se conoce.
- RAM. Ofrecieron lo que su mezquindad les permitía ofrecer.
- D.^a GUAD. No me explico entonces...
- RAM. Te lo explicaría, sabiendo que con últimos restos de mi fortuna no he perdido ni un átomo de mi dignidad.
- D.^a GUAD. Puestos tan bajos te han ofrecido?
- RAM. Bajos, y á bajo precio. Ha habido de todo.
- D.^a GUAD. Explícate.
- RAM. Pepe Serna me ofreció un destino en Gobernación, y me enseñó una carta del Ministro manifestándole que se tomaba unos dias para producir la vacante.
- D.^a GUAD. Y no quisiste esperar?
- RAM. No quise que para colocarme á mí dejaran en la calle á un funcionario, seguramente con más méritos que yo.
- D.^a GUAD. Harán la vacante para colocar á otro.
- RAM. La escrupulosidad de ese otro no me importa.
- D.^a GUAD. El barón de Alcuézar no era amigo tuyo?
- RAM. Si; cuando lo nombraron gobernador me ofreció el cargo de jefe de policía.
- D.^a GUAD. Y te parecería poco?
- RAM. Me pareció que, cumpliendo con mi deber, al día siguiente hubiera tenido que llevar á la prevención á mis compañeros de orgias, y no quise aceptar.
- D.^a GUAD. Con ese criterio tuyo no van á ofrecerte nada que te convenga.
- RAM. Juanito Ordoñez quiso emplearme cuando se quedó con la contrata de las casas de juego.
- D.^a GUAD. El empleo no es para reventar.
- RAM. Ni tampoco para dignificarse. Yo, cuando he ido á una casa de juego, ha sido por *sport* ó por aburrimiento, pero con dinero siempre. En el perder ó ga-

nar podrá haber habido, en mi caso, pretexto para la censura, quizá ocasión para el escándalo, pero nunca motivo de indignidad; lo otro... lo otro es muy distinto: el cargo de ejecutor asalariado de viciosos no puede ajustarse á mi manera de ser; me repugnaría. Observa si no á los que lo ejercen; fíjate en uno de ellos y llámalo por su nombre: *groupier*, verás cómo se revuelve. Y es que hay palabras que sientan peor que un fustazo en la mejilla.

D.^a GUAD. Pues nada, hijo, á ver si te nombran *Chantre* de una Catedral.

RAM. No quieras añadir á la ruindad el escarnio. Vosotros los egoistas, los miserables, teneis un razonar muy acomodaticio; hallais salida para todo menos para el dinero—y conste, que no vengo á pedirte nada—. Si yo hubiese aceptado un puesto que en la altanería de vuestro rango hubiérais creído deshonroso, habríais dicho enfáticamente á los amigos: «no queremos ni hablar de mi hermano; ha perdido hasta el concepto de la dignidad; nosotros hemos cortado con él todo género de relaciones». Huyo, por mi propio y solo decoro, de aceptar esta clase de empleos y temofas de mi carácter; como si al escapárseme la fortuna de entre las manos hubiera debido arrojar la dignidad al arroyo. ¡Es muy sagaz la lógica del egoismo!

D.^a GUAD. No es eso.

RAM. Sí es eso. Para vosotros la mejor solución suele ser la más radical. Si la cobardía me hubiese vencido y el cañón de un revólver hubiera escrito la última palabra de la historia de mis locuras, ¡qué tranquilidad más grande la vuestra!

D.^a GUAD. No hables disparates.

RAM. No hablo yo; es el pensamiento de los egoistas que se transparenta en mis labios.

D.^a GUAD. ¡Loco!

RAM. Sí, Guada, sí; si yo hubiese terminado de esa suerte ridícula, os habríais compungido delante de las gentes; habríais referido el suceso con voz llorosa de plañideras y habríais derramado unas lágrimitas,

no en sufragio del suicida, sino en acción de gracias por veros libres de él.

D.^a GUAD. Te digo que estás loco.

RAM. No dirá lo mismo tu tía Rosa, esa terrible sugestionadora de tu voluntad, que piensa que el dinero de una herencia puede obligar á todas las servidumbres.

D.^a GUAD (*descompuesta*). Ramón, que estás en mi casa y no te aguanto más.

RAM. (*levantándose resuelto*). Me marchó de tu casa para seguir pensando lo mismo.

D.^a GUAD. (*entre pensativa y recelosa*). Y ¿adonde vas?

RAM. (*cerca del foro*). No te preocupes por mí ahora.

D.^a GUAD. (*resuelta y apesadumbrada*). Adonde vés? Espera

RAM. (*desde el forillo*). Volveré para humillarte (*vase*).

D.^a GUAD. Espera (*adelantándose hasta el foro*). ¡Ramón!... ¡Ramón!... (*cae el telón lentamente, mientras se ve á D.^a Guadalupe que viene, contristada, desde el foro á entrar por la primera puerta de la izquierda*).

Literatura portuguesa.

LA GABOTA.

Traducción de Julio Dantas.

En las salas del noble marqués, Sor Clara Lima,
la monja dominica alocada y traviesa,
encanto del convento y Luzbel de la abadesa,
una gabota enseña gentilmente á su prima.

A su lado se forma círculo que la anima;
gime el clave holandés y la lección empieza:
y ella en pasos sutiles, moviendo la cabeza
diríase un Wateau con un hábito encima.

De casaca de seda y peluca empolvada
el corro de galanes con la mano en la espada
sigue los leves giros del diminuto pié...

Y socarronamente, escandalosamente,
para ver de más cerca, el señor Intendente
deja caer al suelo la caja de rapé.

Por la traducción,

MANUEL MONTERREY.

ALMA ENFERMA

Tengo afición á los paseos solitarios. Siguiendo mi costumbre, no ha muchos días me interné por una sombría alameda en la que encontré á un viejo amigo que vagaba desolado. ¡Que cambiado me pareció! Un año había pasado sin verle, y de un calavera arrogante, alegre y decidor, primate de nuestras bulliciosas tertulias, me encontraba con una naturaleza dormida, decrepita, reveladora de un pesar que ensombrecía su alma, antes espejo por el que resbalaban las imágenes sin dejar huella.

¿Cual había sido la causa de tan profundo cambio?

Hizo que nos sentásemos en lo más umbrío y comenzó á relatar-me las desventuras de su historia.

Bien sabes—dijo—que siempre me burlé de vosotros cuando hablábais de amores fuertes, hondos, irresistibles, inspirados por mujeres á quienes acababais de conocer, á quien solo conocíais, acaso, por el arte de recogerse la falda, por la sonrisa insinuante, don de gracia ó fruto de estudio, por cualquier otro detalle valadí que incrustaba en vuestra memoria su recuerdo. Mi mal nace de lo mismo que tantas veces critiqué en vosotros y juzga á costa de cuantos sufrimientos he dejado de ser incrédulo.

Era una mujer rubia como luz de sol y pálida como luz de luna. Parecía que las venas no formaban parte de su debilitado organismo. La ví y me enamoré. Me faltó vencer como César. Había llegado tarde: aquél corazón casi exangüe por la anemia, guardaba otro amor.

No me arredré por eso. La pasión que en mí había permanecido siempre en letargo, que nunca inspiraron las mujeres á quien traté, despertó entonces pujante, avasalladora, briosa como la lo-

zania de mis treinta años. Yo, que siempre pequé de impaciente, hube de dedicarme... ¿á qué dirás?... á esperar.

Ellos podían reñir. Seguramente reñirían, á juzgar por las enconadas disputas que hacían de su vida un continuo altercado. Supuse que mi ideal no acertaba á comprender las delicadezas de un alma sensible, y contaba por seguro el rompimiento. Cuando ocurriera, yo sabría triunfar.

¡Cuánto sufrí en esta espera. ¿Reñían? Un rayo de consuelo alegraba mis pesares y ponía en conmoción todas mis fibras; pero aquello pasaba y volvía á dominarme la desesperación, una desesperación solo comparable á la del labriego que viendo sus campos agostados por la pertinaz sequía, divisa una nube que es promesa de salvación... y la nube pasa sin soltar una gota de agua que aplaque la sed de las tierras calcinadas.

Todo llega, y llegó el día por mí ansiado de la ruptura definitiva. Una de tantas discusiones entabladas por causas nimias, sorprendió los ánimos más irritados y produjo el desenlace.

Contando como aliado con el espíritu de venganza que hay en toda mujer, no anduve con rodeos, aproveché la primera ocasión para hablarle de mi cariño, y esta vez no sentí envidia hácia César, porque vencí en toda la línea.

Y aquí, donde debían terminar, empiezan mis mayores tormentos. Me había atraído en aquella mujer su debilidad, su aparente blandura, su delicadeza. ¡Quería ser el tronco que sirviese de sostén á la tierna planta!

¡Débil creí yo que era aquella sombra de mujer! Pues ríete, ríete tú de aparentes debilidades. El alma mejor templada, de más firme voluntad, de más caprichosos antojos, de mayor tesón, era aquella de quien tuve la desgracia de enamorarme.

—¿Y por qué no la dejaste?, interrumpí á mi amigo.

—No lo sé: tal vez porque me dominaba. Muchas veces me separé de ella con el propósito de no volver para poner término á los desprecios, á los desaires, á las exigencias que tenía conmigo; pero al día siguiente, llevado por fuerza irresistible, dirigía mis pasos á donde pudiera encontrarla. Me avasallaba el alma aquel amor enfermizo, sin razón de existencia.

Al fin llegó el rompimiento que este estado de cosas imponía. Un día que subí á su casa poco más tarde que de ordinario, no contestó á mi saludo y rompió en improperios. Márchate, me estorbas, te odio, terminó diciendo. Yo, aturdido, deorientado, sin

Voluntad, sin acertar con la frase de protesta, recogí mi sombrero y salí callado, salí cobardemente, como arrojado, cual si fuera un gran culpable.

Pasaron días y nada supe de la amada infeliz, hasta que una noche, por urgente aviso de la madre, volví á su casa.

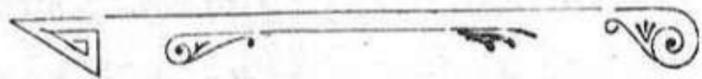
Se moría. Blanca, hasta confundirse con la albura de la almohada en que descansaba su cabeza; fría, como su corazón para mi amor, así la encontré.

Todo mi cariño renació pujante. Le agradecí el deseo de aquella última entrevista en que mi ternura iba á desbordar. Me acerqué conmovido, estreché su mano yerta y ví que clavaba en mí su mirada vidriosa, que hacía un esfuerzo supremo para recoger las fuerzas que se escapaban... y lanzándome un rencoroso «te odio», expiró.

.....
Quise dar algún consuelo á aquella pobre alma enferma y comencé á balbucir las frases que la cortesía social dedica á todo infortunio; pero ví que una lágrima asomaba á sus ojos, cayó otra de los míos y se fundieron en la arena en una sola amargura.

MIGUEL HERMIDA.

Legajo



En números pasados decíamos con tristeza, que muy tarde atravesarían nuestra región los railes del tan cacareado ferrocarril estratégico. Esto al fin y al cabo era una esperanza más ó menos remota, producida por alguna que otra conversación aislada que escuchábamos que nos venía á demostrar que del fuego violento de los primeros dias, aun quedaba algo, aunque fuera poco. Han transcurrido algunos meses y parece que el fuego se apagó del todo y esto nos hace pensar que el famoso ferrocarril correrá la misma desgraciada suerte que otros muchísimos proyectos altamente beneficiosos para nuestra región.

ARCHIVO EXTREMEÑO pide á sus compañeros que no abandonen empresa de tanta trascendencia para Extremadura.

Por nuestra parte pensamos invitar, para que traten este asunto en las columnas de esta Revista, á distintas personalidades que por su competencia y cargos que ocupan, creemos atenderán nuestro ruego.

* * *

La Escuela Normal de Maestros que ahora hace dos años acordó restablecer la Diputación incluyendo partida en el presupuesto para 1907, y que mantuvo en el de 1908, á los nueve meses de correr éste, aun no ha dado comienzo á funcionar.

Antes fué por la indolencia y apatia de los diputados provinciales, que si estuvieron fáciles para el acuerdo, no lo estuvieron asimismo para poner en planta la obra en los detalles que deben acompañar á toda iniciativa, si ha de verse coronada por el éxito; ahora es culpable el ministro de Instrucción pública, que á las puertas del mes de Octubre veranea tranquilamente, sin preocuparse de que hay asuntos como el de la Escuela Normal de Badajoz, que no tienen espera y con cuyo retraso ha producido ya perjuicios á no pocas familias.

El Ayuntamiento y la Diputación de Badajoz han nombrado comisiones que vayan á Madrid á sacar al Sr. San Pedro de su paroxismo, en cuanto llegue á dicha capital y es de esperar que consigan su propósito.

* * *

X El Ayuntamiento en sesión del 23 de Agosto, acordó poner á la calle de Santo Domingo el nombre de D. Nicolás Salmerón.

La prensa monárquica y religiosa, censura y dice que el acuerdo es ilegal, la liberal y republicana, afirma lo contrario, y en este discurrir á impulsos de las ideas políticas ó religiosas que se profesan, nosotros nos limitamos á lamentar que por indiscreción ó intransigencia se ofrezcan á un pueblo los espectáculos que con tal asunto se han ofrecido á Badajoz.

* * *

Un redactor de ARCHIVO EXTREMEÑO, á quien distingue con su amistad el Marqués de Torres-Cabrera, solicitó de éste algun trabajo para el número presente de esta revista, obteniendo de él, con una expresiva carta, disculpadora de no poder atenderlo, la poesía «*A unas flores secas*», que procedentes de las que se hacían por distintos literatos para ser leídas en las veladas de invierno, y en casa de sus padres, tenía un recuerdo vivo en la memoria del caballeroso Marqués.

Sería una obra buena la que hiciese resucitando poetas como el que nos dá á conocer hoy, y mejor, si al recuerdo de los poetas uniera el del ambiente literario en que desentrevieron las actitudes, sus protectores y sus amigos.

BALDUQUE.